

Al sueño

Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel, no turbes más mi pecho,
mostrándome cortado el nudo estrecho,
consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,
de jaspe las paredes, de oro el techo,
o el rico avaro en el angosto lecho
haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas,
o al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas, descubiertas
con llave falsa o con violento insulto,
y déxale al amor sus glorias ciertas.

LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

NO LO ENTIENDO

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

(Conde de Canilleros)



un eco lejano de infancia, eco terriblemente sangriento, me ha sonado siempre la que se llamó «Semana Trágica de Barcelona», en Julio de 1909. Con el pretexto de oponerse al embarque de tropas para Marruecos, declaróse la huelga general, manchada con desmanes, crímenes e incendios de conventos. Fue una de las primeras ofensivas contra España iniciada por el marxismo y la masonería.

Por encima de los obreros, una serie de funestos personajes manejaron aquel doloroso tinglado. Entre ellos, sonaba un nombre que íbamos a seguir oyendo muchos años: el de Alejandro Lerroux, llamado entonces «El Emperador del Paralelo», que actuaba al frente de sus «Jóvenes Bárbaros».

Lerroux García era un periodista, nacido en 1864, que en distintas épocas dirigió *El Radical*, *El País* y *El Progreso*. Republicano desde su juventud, en 1898, comenzó a actuar en Barcelona, fundando allí, en 1906, el partido radical. En 1909, los trágicos sucesos de la ciudad condal hicieron que sonara su nombre en toda España.

Iba a pasar mucho, muchísimo tiempo, antes de que yo conociera a Lerroux. Tenemos que saltar a los años de la República, de 1931 a 1936. Don Alejandro —ya con el don— había seguido en actividades políticas durante toda su vida, con acta de diputado en todas las legislaturas. El cambio de régimen volvía a situarlo en un plano de primera actualidad; pero ya no era el joven revolucionario, sino el más moderado de los republicanos; tanto, que hizo alianza con las derechas capitaneadas por Gil Robles. Yo no he llegado a entender nunca tan completo cambio, ni me tomé el trabajo de entenderlo. En realidad, cuando conocí a Lerroux saqué la impresión de que, sin negarle una valía, no era una excepcional figura política.

Lo conocí por Diego Hidalgo, notario de Madrid, extremeño y amigo, hombre inteligente y buena persona, que fue Ministro de la

Guerra en 1934, bajo la presidencia de don Alejandro, que la tuvo con gobiernos de concentración desde 1933 a 1935.

En Octubre de 1934, otra vez volvió a sonar Barcelona, por la grave sublevación de la Generalidad; pero entonces fue el gobierno de Lerroux el encargado de reprimir los desmanes, al mismo tiempo que reprimía la rebelión de Asturias. El revolucionario de ayer se había convertido en un perfecto hombre de orden.

Realmente su aspecto, casi venerable, cuando lo conocí, encajaba más en la burguesía que en la demagogía.

—Todo se puede hacer por caminos pacíficos —le oía comentar una vez—. La violencia conduce siempre al fracaso.

—Exacto —dije—; pero...

Corté la frase, porque iba a aludir a su anterior postura. El, que se dio cuenta de lo que pensaba, agregó:

—Sin peros, amigo. De sabios es cambiar de opinión, y ni yo soy sabio, ni es tanto el cambio.

—De verdad, don Alejandro: Vd. tiene un aspecto de burgués pacífico —agregué—. Yo no puedo concebirle de otra forma. Considero que su puesto debió ser en el bando mío, en la monarquía. Con franqueza, no lo entiendo, no lo entiendo.

—¿Para qué va a molestarse en entenderlo? —respondió—. A usted no le interesa la política y no es fácil que consiga entenderla.

Esta conversación fue anterior a los sucesos de Asturias y de la Generalidad Catalana. Después de ellos, en otra charla amistosa, en presencia de Diego Hidalgo, aludiendo a la justa y enérgica represión, me dijo:

—Ahora puede entenderme algo. Ante todo y sobre todo, está España.

La frase era bonita, pero seguía sin entenderlo, porque el año nueve también debió estar España sobre todo. No obstante, su conducta en los últimos sucesos fue admirable, siendo precisamente Hidalgo, como Ministro de la Guerra, el que llevó la iniciativa, poniendo para ello el mando militar en manos del General Franco, cuya valía y prestigio eran ya entonces reconocidos por todos.

En 1935, Lerroux seguía de Presidente del Consejo, ocupando Gil Robles el Ministerio de la Guerra. En un siguiente cambio, don Alejandro tuvo la cartera de Estado, bajo la presidencia de Chapaprieta. Luego vinieron las elecciones, el triunfo del Frente Popular y el viraje de la República hacia la izquierda. Al año siguiente, el 18 de Julio, se iniciaba el Movimiento Nacional.

No volví a ver a Lerroux, que, tildado de derechista por el mar-

xismo, emigró, primero a Portugal y luego a Francia, muriendo en 1949, a los ochenta y cinco años. Paso muchas veces por delante de la casa, rodeada de jardín, en la que tuvo su residencia en Francia. Está al lado de la carretera, cerca de Biarritz. Siempre le recuerdo con afecto al pasar, porque era simpático y porque su actitud política de los últimos tiempos fue noble; pero sigo sin entenderlo y hago mío el gracioso comentario de una anciana monjita, con el que voy a terminar:

La aludida religiosa había ingresado muy joven en un convento de clausura de Barcelona. Allí le sorprendió la «Semana Trágica», y tuvo que huir del sagrado recinto, profanado como tantos otros por las hordas revolucionarias, en las que papel tan importante jugaba Lerroux. Renacida la calma, la monja volvió al convento, para seguir en él años tras años. La República trajo la novedad del voto femenino. Las monjas salieron de sus conventos, para votar en las elecciones la candidatura de alianza de Lerroux con las derechas. La anciana monjita comentaba, con candoroso asombro:

—Yo no entiendo esto de la política. Desde que entré en el convento hace tantos años, sólo dos veces he tenido que salir de él: una, huyendo de Lerroux; otra, a votar a Lerroux. No lo entiendo, no lo entiendo...

PENSAMIENTOS

Los placeres no son bastante sólidos para permitirnos el lujo de analizarlos.

FONTENELLE

El amor es más pesado cuanto más tardío.

OVIDIO

El matrimonio es el egoísmo a dúo.

MME. STAEL

Saber conservar los amigos es más que hacerlos amigos.

GRACIÁN

Nadie sabe el alma de nadie.

CERVANTES